

que son aquellos en que hay consenso completo. La teoría es insuficiente pues no explica los otros dos resultados y, cuando crece el número de alternativas, la teoría es aún más insuficiente.

Los intentos para ampliar la teoría dan por supuesto que se pueden anexar números a las utilidades de cada individuo, de modo que, en casos de desacuerdo, resultaría posible determinar el resultado a base de comparar los números correspondientes. La solución —aunque permite un vislumbre de las vías correctas— le parece irreal a Coleman.

En la realidad suele haber no sólo dos sino varias alternativas y no dos sino varios individuos que han de decidir. Esto reduce, todavía más, las capacidades predictivas del sistema inicial. En general, para m resultados y n individuos (señala el autor) la fracción de resultados predecibles es de uno sobre m a la n menos uno.

“Este estado de cosas —dice Coleman— indica el problema que enfrentan las sociedades al hacer decisiones colectivas, así como el que encaran los teóricos sociales cuando tratan de describir cómo las hacen o dejan de hacerlas.”

Se centra así el planteamiento en cómo diseñar una teoría que, con base en el supuesto de la acción racional, siga siendo capaz de describir adecuadamente la forma en que se toman, realmente, las decisiones colectivas.

Una observación de la realidad revela que las decisiones colectivas dependen de cierta regla básica decisoria sobre quiénes han de decidir y cómo se ha de resolver el posible desacuerdo entre ellos (se trata de la regla constitucional). Casi inmediatamente se presenta, así, la necesidad de determinar cómo se ha de implementar una decisión colectiva que no es unánime.

Todo esto conduce a Coleman a la famosa paradoja de Condorcet desarrollada por Arrow. Para resolverla, hay que reconocer que existe una distinción entre la decisión en condiciones de certeza y la decisión en condiciones de incertidumbre (éstas resultan de la falta de señorío de la situación por parte de quien decide).

En efecto, cuando el resultado es incierto, hay que considerar no sólo las utilidades relativas de cada resultado sino la probabilidad más o menos grande de

que se produzca (de acuerdo con hechos naturales o de acuerdo con las acciones posibles de los co-decisoros).

A más de esto, hay que considerar el mayor o menor interés de quien decide en el resultado correspondiente, y los recursos adicionales que puede emplear para inclinar la balanza en su favor. En este sentido, teóricamente, una minoría puede triunfar sobre una mayoría si tiene interés y recursos suficientes. Sin embargo, en la práctica, esto no es siempre posible pues —agregaríamos por nuestra parte— es factible probar matemáticamente que, en gran número de situaciones, los recursos adicionales necesarios tendrían que ser prácticamente infinitos.

Arrow, en su trabajo sobre “Elecciones individuales y decisiones colectivas” (difícil pero magistral) ha señalado el paralelismo entre la situación económica del mercado y la situación política propia de las decisiones democráticas. Coleman prolonga el paralelismo al indicar que, así como el concepto de “mercado perfecto” ha sido un implemento útil desarrollado por los economistas, así no se dé en la realidad, es útil tratar de desarrollar un modelo de “sistema perfecto de decisiones colectivas” aunque sea inexistente.

Tal vez exageremos, pero, ante esfuerzos de investigación como los de Arrow, y de exposición y de pesquisa ulterior, como los de Coleman, nos sentimos en el umbral de una nueva época de los estudios politológicos. Es casi como si se le tendiese la mano al Aristóteles que los emprendió, por vía inductiva, con el estudio de las constituciones helénicas, al planteárnoslos ahora en términos deductivos, a base del conocimiento que hemos obtenido gracias a la observación y a la reflexión sobre la conducta política diaria de los seres humanos.

Oscar Uribe Villegas

Mauricio Swadesh: *El lenguaje y la vida humana*. Fondo de Cultura Económica. México, 1966, pp. 395.

Duele y anima tener ante uno la última obra de quien, como Mauricio Swadesh, consagró su vida a los estudios lingüísti-

cos, buscó aplicarlos a la realidad de México, enseñó a máximo nivel universitario y no desdijo hacer asequibles sus resultados y conocimientos, a los de "mínima fortuna intelectual". Duele porque —bella como es su última obra— sólo deja adivinar el fruto que aún podrían haber dado su inteligencia y su empeño. Anima porque es lección patente, muestra clara, de "esa gran calidad humana" que —conforme expresaba nuestra colega, Evangelina Arana, esposa suya— le llevaba a actuar.

El lenguaje —dice Swadesh en su prólogo— es "un fenómeno humano que atañe a todos"; de ahí que no sea justo —para él— que la lingüística sea "una materia muy especial, al nivel de la enseñanza superior"; de ahí que busque —con su obra— que el lector tome conciencia de su lengua y aprecie lo que es el lenguaje; de ahí que intente darle medios para que pueda observar la realidad tanto de su propia lengua y sociedad como la de las ajenas. Elevado designio democrático, humanista, pues sólo quien conoce la coerción a que le sujetan lengua y sociedad, puede valorarla. Tras ello, podrá aceptarla conscientemente —si la valoración es positiva— o resistirla y romperla —si resulta negativa.

El lenguaje es característica humana, pues "de no ser impedido por defectos físicos o por condiciones anormales, todos los seres humanos hablamos. Lo hacemos por gusto, por obligación social o por la necesidad de conquistar la buena voluntad y la ayuda de nuestros semejantes. "De ahí que Swadesh considere que el estudio lingüístico es de gran importancia para los maestros que han de formar a la juventud y por todos los que hoy —en un mundo cada vez más intercomunicado— debemos relacionarnos con hombres de otras lenguas."

Parte de la filosofía lingüística de Swadesh consiste, también, en mostrar al hombre su responsabilidad frente al lenguaje. Éste —como él dice— puede orientar o desorientar, facilitarle las cosas o estorbárselas, según el conocimiento que de él tenga y según su habilidad e inteligencia para usarlo. El lenguaje —como instrumento— es neutro; y puede usarse para fines socialmente benéficos o perjudiciales.

Esta filosofía le hizo estructurar una obra accesible, expuesta en un lenguaje nítido que espanta —como producto que fue, seguramente, de esforzado empeño más que de desenfrenada espontaneidad. Ahí se muestran: los aspectos externos (sonidos, unidades de significación simples y complejos) y los internos (mecanismos psicológicos de expresión y percepción del significado); los de distribución de las lenguas, en el espacio, y de conexión entre ellas, en el tiempo; los de relación con las normas sociales internas y de vinculación social externa ("interacción social entre comunidades lingüísticas" la llama él) y el —debatido y debatible— del origen del lenguaje, tema proscrito hace décadas, que vuelve a entrar —como afirma y como hemos podido comprobar, en los congresos internacionales— a formar parte de la lista de las "legítimas ocupaciones lingüísticas".

Esa inquietud por el origen del lenguaje procede de Sapir, maestro de Swadesh. Sapir decía: "Me inclino a creer que antecedió aun a las manifestaciones más humildes de la cultura material." El tema, re-tomado por Roman Jakobson en el Congreso Internacional de Lingüística de Bucarest (1967), fue reconocido en su importancia primordial. Ese afamado lingüista lo equiparó, ahí, con otros dos logros humanos: la capacidad de hacer máquinas-herramienta (base del avance tecnológico) y la prohibición del incesto (base de la organización social, económica y defensiva).

En la imposibilidad de referirnos a todos los aspectos que cubre Swadesh en su obra, destacaremos, en sus líneas principales, el examen que hace de la relación entre las normas sociales y el lenguaje.

En "El lenguaje y la vida humana", Mauricio Swadesh consagra un capítulo a la etnología y a la sociología lingüística y los intitula "Costumbres verbales." En él señala que, como el lenguaje acompaña siempre al hombre, hay gran número de normas sociales que se refieren a su uso. Precisa —después— que "las normas de la comunidad indican quién debe hablar con quién, en cuáles ocasiones, y qué debe decir, en qué circunstancias".

Desde su niñez, el individuo aprende —en el hogar primero, y después en la escuela— muchas reglas, no sólo sobre

la fonética, la construcción y el vocabulario, sino también, sobre el uso del lenguaje; se trata de reglas para su empleo correcto, en el trato social, en las conversaciones, en los discursos.

El trato social impone el uso de ciertas fórmulas lingüísticas que reflejan la estructura social: el tuteo o el uso del "usted"; el tuteo mutuo, el mutuo empleo del "usted" o el trato asimétrico (empleo del "usted" por un interlocutor y del "tú" por el otro). El número de distinciones en el tratamiento, y sus combinaciones, es más grande en otras sociedades.

El tratamiento cumple, así, la función de medir y reconocer las distancias sociales. A ella contribuyen, también: 1. El uso de uno u otro de los nombres de una persona (el de pila, para el trato familiar; el apellido, para el respetuoso o distante; el apellido, para reconocimiento de un mero compañerismo; el de pila, como muestra de amistad); 2. El uso de los diminutivos para acortar la distancia social, y el de los títulos nobiliarios o profesionales ya para aumentarla, ya para distinguir una relación que se establece entre yoes puramente funcionarios, de otra que une la personalidad total de los sujetos que se comunican.

Estas normas de tratamiento —que imponen el reconocimiento de las distinciones sociales— suelen sufrir infracciones. En tales casos se revela, más que nunca, su carácter social: la infracción provoca desagrado y, si se repite mucho, acarrea la proscripción del infractor (a partir de entonces, se le veda a éste todo acceso a determinados círculos o grupos sociales).

Pero, como las relaciones sociales evolucionan, también se modifican las fórmulas que las reflejan. El punto crítico, el punto de cambio en el tratamiento, es lo que se denomina, en español, "romper el turrón", iniciar el tuteo. Éste se realiza en circunstancias previstas y en formas prescritas socialmente. Hay —en cambio— otras circunstancias en que la ruptura del turrón queda proscrita formalmente.

Las fórmulas de cortesía (saludos y despedidas, brindis, condolencias, agradecimientos) están sujetas, también, a prescripciones y prohibiciones. Se refieren éstas a personas a quien hay que dirigir-

las o dejar de dirigirlas, a su contenido, al lugar y tiempo en que deben producirse. Esas fórmulas o van acompañadas de gestos o se ven substituidas por ellos, en formas que —a su vez— son, también, opcionales u obligatorias.

Swadesh asienta que si se comparan diversas comunidades, se notarán semejanzas y diferencias en cuanto a las situaciones que imponen el uso de las expresiones convencionales y la forma de éstas; que "con frecuencia, las fórmulas son obsoletas, y las palabras desconocidas, lo cual se debe a la gran antigüedad de las costumbres", pero que, "en tiempos recientes, se han introducido expresiones nuevas que indican que el procedimiento sigue en boga".

Además de las fórmulas de cortesía que sirven para iniciar, re-anudar, terminar, o expresar que se desea mantener una relación social, existe un intercambio lingüístico que, unas veces, es formal, y otras, informal, y que tipifican las conversaciones y los discursos. Las conversaciones —más o menos informales— implican la participación, en pie de igualdad, de dos o más personas; los discursos —más o menos formales— imponen el que, en situación dispar, una persona se dirija a un grupo. Mientras en la conversación todos participan, con el doble papel de hablantes y oyentes, en el discurso una persona, exclusivamente, cubre el papel de hablante, y las demás sólo desempeñan el de oyentes.

La formalidad del discurso se manifiesta en su inicial enunciación —convencional— de las personas a quienes se dirige, y en el uso de ciertas fórmulas —convencionales también— con que se termina ("es todo", "he dicho"). En la informalidad de las conversaciones, los participantes buscan informarse e informar, exhortar o mandar que algo se haga. Como la sociedad llega a valorar la conversación, enormemente, en forma positiva, sus miembros tratan de ser buenos conversadores y, por ello, acumulan informes, anécdotas y chistes que utilizar en futuras conversaciones. Sin embargo, como la sociedad proscribía ciertos temas de conversación (la muerte, el sexo), ellos se abstienen de incluirlos, con el fin de no ser rechazados socialmente.

Swadesh observa —con acierto— que a

veces el tema de la conversación produce disyunciones en los grupos, los cuales tienen que dividirse en subgrupos. Así, un grupo mixto tiene que dividirse, a veces, para permitir que una parte tenga "plática de hombres", mientras la otra tiene su correspondiente "plática de mujeres" (o "chismes de vieja" que diría, en forma peyorativa el ideólogo de la masculinidad). Esto ocurre, porque —a la inversa— cada grupo tiene sus temas propios de conversación.

En el intercambio lingüístico, hay niveles de formalidad (más que "estilos") apropiados tanto a los diversos tipos de interrelación humana como a las situaciones en que se produce el intercambio lingüístico; pero —sobre todo— hay prescripciones y prohibiciones en cuanto a las personas a quienes se debe o a quienes no se debe hablar (el návajo no debe hablar con su suegra). Hay también ciertos casos en que determinadas personas son proscritas de todo intercambio lingüístico; se trata de "la ley del hielo" entre los escolapios, del ostracismo entre los griegos, del "enviar a alguien a Coventry", entre los ingleses. Este extremo muestra, por la negativa, la importancia de la comunicación: privar a alguien del intercambio comunicativo equivale a imponerle uno de los más terribles castigos sociales.

En medio de esta selva de prescripciones y prohibiciones sobre quién debe hablar se insinúa, cada vez más claramente, para Swadesh, la convicción de que el lenguaje tiene valor instrumental; de que, a la pregunta sobre si el lenguaje sirve o estorba al hombre, hay que responder diciendo que "ello depende de las circunstancias"; de que "como no hay valor que no pueda convertirse en disvalor" ("vicio", dice él, como hubiera podido decir antes "virtud"), "el habla no es siempre buena, pues los chismes y las 'malas lenguas' pueden causar serio daño". Y finaliza diciendo: "El que el valioso instrumento del habla, tenga buenos o malos efectos, es algo que depende de los hombres, solamente."

El libro de Swadesh, de fácil lectura, apasionante en todos sus capítulos, no sólo divulga los conocimientos actuales de la lingüística, sino que presenta tam-

bién los resultados recogidos por el autor en investigaciones originales que él realizó directamente sobre materiales de gran volumen y diversidad, y a las que la Universidad Nacional de México brindó decidido apoyo.

Oscar Uribe Villegas

Xème Congres International de Linguistes. Xth International Congress of Linguists. *Résumés des Communications. Abstracts of Papers*. Bucarest, 28 aout-2 septembre 1967, pp. 440.

Este volumen contiene los 605 resúmenes de las comunicaciones recibidas por el Comité Organizador del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas (reunido en Bucarest del 28 de agosto al 2 de septiembre de 1967), hasta el 15 de julio de 1967. Las comunicaciones cubren una temática variada, que comprende: las teorías sobre el lenguaje y la historia de la lingüística; la tipología de las lenguas y la geografía lingüística; la sintáctica, la estilística y la semántica; la sicolingüística y la sociolingüística; el aprendizaje del lenguaje por el niño, y la poética; la patología del lenguaje y otros temas varios. En razón de la especialidad de esta revista, nos referiremos sólo a las principales comunicaciones que trataron de los problemas sociolingüísticos.

Esas comunicaciones enfatizan el carácter social de la lingüística (Graur) que, a pesar de su carácter científico, tiende a desarrollar no sólo un aspecto evaluativo (Nawrodes) sino incluso uno aplicado, puesto que ha llegado a aceptarse la posibilidad de una planeación lingüística (Haugen), difícil —con todo— de realizarse.

En el terreno más específicamente sociolingüístico, se mencionan algunas de las grandes líneas de esas investigaciones (Ellis) y se muestra que dicha disciplina tiene relación estrecha con los estudios del plurilingüismo (Denison).

La sociolingüística puede realizarse —por otra parte— en múltiples niveles. Así, a nosotros, se nos ha ocurrido reconocer una sociolingüística en nivel societario (de la sociedad global), otra en